

Desafío para los comunicadores cristianos en momentos de cambio de época y de globalización de la economía

■ Juan Luis Ysern de Arce
Obispo emérito de Ancud, Chile, y presidente honorario de OCLACC.

1. Introducción

Para entrar en el desarrollo del presente tema vamos a considerar como eje central la comunicación, que la entendemos como camino para la comunión. La comunicación así comprendida es una dimensión de la vida que debe llevar a cabo cada persona y que para los cristianos constituye la respuesta a la invitación que Dios nos hace para vivir el encuentro con Él a quien experimentamos desde la fe como base, centro y cumbre de la comunión.

Pero, al mismo tiempo vamos a reflexionar sobre el desafío que se nos presenta a todos, y de una forma especial a los comunicadores cristianos, para construir una convivencia armónica y solidaria en nuestros espacios concretos que están dentro de un mundo de globalización económica y en un tiempo de cambio de época con todo lo que ello conlleva.

Para asumir desde la fe esta doble perspectiva, esto es, la “comunicación-comunión” y la del “mundo” hemos considerado conveniente tratar el tema poniendo nuestra mirada en la “Creación como signo de comunicación”.

Toda persona humana está involucrada desde el fondo de su ser, lo quiera o no lo quiera, lo sepa o no lo sepa, en el campo de la comunicación. Es una dimensión de la vida como persona. Por ello, al entrar a este campo de la comunicación, no podemos quedarnos solamente con lo que atañe a los contenidos de la comunicación, sino que hemos de atender en forma muy especial a lo que concierne a la relación entre las personas.

Al referirnos a la perspectiva cristiana debemos entender que el encuentro con Dios nos lleva al encuentro con los demás y, a su vez, la relación con los demás nos debe llevar al encuentro con Dios, pues el hombre es imagen de Dios y Dios es comunión.

Desde la perspectiva cristiana miramos no solo a los cristianos, sino a la humanidad toda y a la creación entera. Perspectiva que los cristianos debemos hacer visible y palpable con nuestro modo de vida para manifestar a todos que el sentido profundo y definitivo de la vida está en Cristo con quien llegamos a las entrañas de Dios.

2. Nuestra perspectiva cristiana

No es suficiente decir que nos colocamos en una perspectiva cristiana. Se pueden plantear muchas perspectivas cristianas que sean válidas. Desde cada una de ellas podemos enriquecernos mucho. Comenzaremos, por tanto, por exponer nuestra perspectiva.

Creación como don

Nuestro punto de partida lo encontramos en las primeras páginas de la Biblia, el momento de la creación. Se trata del hombre y la mujer hechos a imagen y semejanza de Dios. El hombre y la mujer que reciben toda la creación como regalo y que la tienen que dominar actuando a imagen de Dios. Es la humanidad entera quien está en esa comunidad, ese hombre y esa mujer de la primera página del Génesis. Hombre y mujer que se complementan mutuamente en una comunidad.

Y para ver cómo actúa Dios, debemos entender la creación entera como signo de comunicación. Normalmente, cuando hablamos de la creación, nos fijamos en ella como expresión del poder infinito de Dios que hace todas las cosas de la nada. Es la obra del Dios Todopoderoso. Nadie puede

decir que al reflexionar sobre el poder infinito de Dios estemos haciendo un planteamiento mal hecho. De ninguna manera. Pero al contemplar la creación, tal como nos la presentan la Sagradas Escrituras, es necesario llegar más allá. Todas las cosas son hechas por Dios como regalo para alguien. Así aparece de una forma muy clara en los relatos del Génesis a los que hacíamos referencia anteriormente. Ahora bien, el regalo es un signo con el que se expresa el corazón de quien regala. Es un signo que manifiesta la buena voluntad que tiene la persona que regala con relación a la persona hacia la que va dirigido el regalo.

Es evidente que nos estamos refiriendo al regalo sincero, auténtico. No nos referimos a los regalos que se hacen por interés personal, para conquistarse algún beneficio, por quedar bien, salir del paso, etc. Sabemos todos que el regalo es un signo falseado con frecuencia. Pero aquí nos referimos al regalo auténtico. El regalo que se hace como obsequio libre para la otra persona, por buena voluntad hacia ella. Ciertamente, el regalo tendrá mayor densidad como regalo cuanto más contenido tenga de buena voluntad, es decir cuanto mayor sea el contenido de donación libremente hecha en bien del otro. Ese regalo es el que está mostrando el corazón bueno de quien regala.

Lo más bonito del regalo auténtico no es el objeto, sino el mensaje que contiene, corazón de quien con el regalo se expresa. Quien se ha quedado deslumbrado con el objeto, simplemente, se ha quedado sin lo mejor del regalo. Se ha quedado con lo externo, con la envoltura, sin penetrar en el interior, donde está el verdadero contenido. Cuando se habla de regalo, todo el mundo tiene muy claro que no se trata de algo que hay que pagar a quien regala. Igualmente, todos entienden que quien regala no está pagando una deuda con el regalo. Puede ser que el valor del regalo corresponda al valor de una deuda, pero si con el regalo se pretende cancelar esa deuda, no se puede hablar de regalo. Se trataría de un deber de justicia, no de un regalo.

El regalo es gracia, es expresión de gratuidad. Por eso mismo, la persona que da ese sentido a su regalo se siente ofendida si le pagan el valor del regalo. Con el pago se estaría expresando que no se ha entendido lo que el regalo significa, o que no se quiere aceptar esa relación de gratuidad. Lo adecuado es que a la gracia proveniente de la gratuidad del donante

se responda con la gracia de la gratitud del que recibe. Ese encuentro de gracia que cada uno entrega desde su lado es la acción de gracias.

Creación como encargo

Según esto, decir: “gracias”, cuando reconocemos que se nos ha hecho, o se nos ha dado algo por buena voluntad, lleva consigo, no sólo el reconocimiento del sentido de gracia, por parte de quien regala, sino también debe significar el compromiso de entrar en esa dinámica de gracia, por parte de quien recibe el regalo. Decir “gracias” de verdad, no es una simple fórmula de buena educación. Es entrar en el camino de comunicación sincera en dirección hacia la comunión.

La tarea del hombre y de la mujer es cultivar y cuidar lo que han recibido. Así han de dominar la tierra. Pero esto supone actuar a imagen de Dios. Para ello han de entrar en la dinámica de acción de gracias. Han de acoger el mundo y todas las cosas como regalo. Han de ver la creación como gracia de ese Dios creador que ama, y han de actuar como Él, regalando. Según esto no se trata solamente de establecer una relación con el Creador. Ciertamente hay que responder al Creador. Hay que darle gracias a Él. Pero lo que ahora queremos señalar es que actuar a semejanza de Dios lleva consigo también el relacionarse con los demás. Son sus imágenes. Se trata de acoger la gracia del Creador y con Él hacerse gracia para todos. El hombre y la mujer están creados para la alianza con Dios y con los demás.

Las cosas y la naturaleza no sólo son signos de comunicación que nos expresan el amor de Dios hacia nosotros, sino que se nos entregan para que nosotros las usemos como signos de comunicación entre nosotros. Signos que expresen nuestra actitud de buen corazón hacia los demás, que amamos a todos, a quienes Dios ama. Signos de nuestra actuación a semejanza de Dios. Y esta es la forma de acoger el regalo de Dios. Es decir es la forma de entrar en la acción de gracias al Dios Creador.

Entender así la dinámica de la creación es algo muy distinto a considerarse con autoridad para hacer lo que queramos con las cosas. Decir que la persona humana tiene la realeza sobre la creación y que tiene que dominar la tierra entera quiere decir que no puede dejarse esclavizar por

las cosas, el dinero, etc., ni dejarse llevar por la ambición, el poder, el egoísmo. Tener la actitud de rey y señor es lo contrario a la actitud de esclavo. Quien sabe utilizar las cosas respetando el sentido que tienen, ése es el que sabe actuar como rey y señor de las cosas. Ése es el que actúa a semejanza de Dios. Al contrario, actuar como si las cosas fuesen de mi propiedad absoluta, además de alterar su sentido más profundo, me encadenan a ellas haciéndome esclavo.

Por lo tanto, cuando se dice que la persona humana es dueña de todo, considerando que el dueño puede hacer con lo suyo lo que se le ocurra, sin tener que dar explicaciones a nadie, como se suele entender el derecho de propiedad, se está dando un sentido a las cosas muy lejos de lo que venimos diciendo como sentido de la creación. En el concepto bíblico de propiedad, el dueño de las cosas no es más que un administrador que tiene que dar cuenta sobre el correcto uso de ellas. Tener cosas es tener una responsabilidad muy especial sobre su uso, según lo requiere el amor a Dios y el amor al prójimo.

Las consecuencias del mal uso de las cosas pueden ser muy graves. En vez de utilizar las cosas como signos de comunicación para construir una convivencia armónica, fraterna y solidaria, pueden convertirse en instrumentos de división y discordia, de modo que su uso se convierte en atropello y atentado contra la convivencia armónica... Es la torre de Babel, cada uno habla su idioma. Es la dispersión. La persona que actúa de esta forma no sólo atenta contra la convivencia armónica, sino que, siguiendo su camino de egoísmo, viene a cerrarse en su soledad, cuando en definitiva está hecha para la comunión, está hecha para amar, no para la soledad. Con eso, al seguir su actitud, va por el camino de su propia destrucción. Va hacia el fracaso.

Tomar las cosas con otro sentido al señalado por el Creador es preferir el mal. Cuando alguien cambia el sentido que le corresponde a las cosas considera como bueno lo que es malo, prefiere el mal en lugar del bien. En el lenguaje del Paraíso Terrenal es “comer del árbol de la ciencia del bien y del mal”. Esto es actuar no a semejanza del Dios Creador, sino independizarse de Él, orientando todo desde sí mismo. Es una postura radicalmente falsa en cuanto que la criatura nunca puede entenderse en su ser mismo, sin dependencia del Creador. Es, además, un rechazo a la

ley del amor que es la que está dando el sentido a la creación como signo de comunicación.

El hombre y la mujer tienen libertad. Tienen facultad para “crear” sus decisiones. Son decisiones suyas. Tienen facultad de decidir libremente. Facultad incluso de poder decir “no” a Dios. Tienen poder para dar sentido. Lo que corresponde es actuar por decisión personal, libremente, a semejanza de Dios. De este modo, la persona humana actúa como co-creadora con Dios, usando todo como signo de comunicación en la misma dirección del Creador. La persona que actúa así, sabe respetar la ciencia del bien y del mal. Sabe reinar como corresponde a la creatura, de acuerdo al sentido profundo marcado en el interior de la creación.

Con lo dicho, si miramos la realidad de nuestro mundo, podríamos quedar deprimidos; vemos un mundo en el que se destruye la naturaleza, no se respeta el medio ambiente, los pobres son muchos y la pobreza en algunos lugares es clamorosa mientras el poder de los poderosos es enorme y orientado hacia la defensa y acrecentamiento de sus propios intereses. Ante esto, el Plan del Creador, el proyecto de Paraíso Terrenal, nos parece una ingenuidad.

Cristo, regalo que completa la creación

Pero es necesario que veamos la Creación con mayor profundidad todavía. Vamos a entrar en la perspectiva propiamente cristiana. Para entender la Creación es necesario fijarnos en Cristo. Él es la cumbre de la Creación. Antes decíamos que Dios ha hecho todo para nosotros. Pero el regalo que se nos ha dado es mucho mayor de lo que a primera vista se puede entender. Digo esto porque “para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas y para el cual somos; y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y por el cual somos nosotros” (1Cor 8,6).

La cumbre de la creación es Cristo resucitado. No vamos a hacer aquí un estudio de los preciosos textos de San Juan y de San Pablo para presentar a Cristo como principio y cumbre de creación. Basta el conocido texto de San Pablo a los colosenses, donde nos presenta la primacía de Cristo sobre toda la creación:

*Él es Imagen de Dios invisible,
Primogénito de toda la creación,
porque en Él fueron creadas todas las cosas:
celestes y terrestres, visibles e invisibles,
Tronos, Dominaciones, Principados, Potestades;
todo fue creado por Él y para Él.
(Col 1,15-20)*

Con este texto de la Sagrada Escritura tenemos materia para un tratado sobre la creación. Es tema de biblistas y teólogos. Sólo quiero hacer algunas referencias que considero convenientes para nuestro propósito de concretar la perspectiva cristiana con la que debemos actuar en el campo comunicacional.

En Cristo Jesús tenemos ante nuestra vista a un hombre especial. Él es el Hijo de Dios. Es Creador con el Padre e igual que el Padre. Pero es también hombre como nosotros. El hombre fue hecho a “imagen de Dios”. Pero es en Cristo en quien encontramos la perfecta “Imagen de Dios”. Sin duda, Pilatos no podía entender con toda profundidad su propia expresión cuando, actuando como autoridad social, dijo: “Aquí está el hombre” (Jn 19,5).

Aquí está el destinatario de toda la creación, todo fue creado por Él y para Él (Col 1,16). Cristo es quien ha respondido al Padre con toda perfección. Cristo es quien ha permanecido siempre en acción de gracias. Es Cristo el hombre que, al mismo tiempo que permanecía en acción de gracias, ha sido siempre gracia para todos. La comunicación se ha restablecido y para todos se ha hecho posible la comunión.

Ahora bien, al mirar a Cristo, en quien se realiza la reconciliación y la salvación, como cumbre de todo cuanto ha sido hecho por el Creador, vemos la creación como un proceso que termina en la resurrección. Y Cristo es el primero en resucitar:

*Él es el principio, el primogénito de entre los muertos, Y así es el primero en todo. Porque en Él quiso Dios que residiera toda plenitud. Y por Él quiso reconciliar consigo todas las cosas: Haciendo la paz, por la sangre de su cruz, con todos los seres así del cielo como de la tierra
(Col 1,19-20).*

Espíritu Santo y comunión

Con lo dicho ya aparece la acción del Espíritu Santo. Pero vamos a hacerlo de forma explícita. No es algo secundario. Si hablamos de perspectiva cristiana es necesario que aparezca la perspectiva Trinitaria: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Cristo resucitado es comunicador del Espíritu Santo. Quien recibe el Espíritu Santo que comunica el Hijo de Dios viene a participar de la misma vida que tiene el Hijo de Dios, se hace una cosa con Él, se hace hijo de Dios en el Hijo de Dios. Se hace un solo cuerpo en Cristo. Con Cristo vive la acción de gracias al Padre y se hace gracia para los demás.

Cristo mismo es Acción de Gracias, es Eucaristía. Lo mismo estamos llamados a ser nosotros que “siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo, siendo cada uno por su parte los unos miembros de los otros” (Rom 12,5), que tenemos que ofrecernos como ofrenda viva, con toda nuestra forma de vivir y pensar conforme a la voluntad de Dios (ver Rom 12,1-2). Pentecostés es algo permanente. Y la fidelidad a la acción del Espíritu Santo se habrá de manifestar si hablamos todos los idiomas. Si cada uno solamente está preocupado de sus intereses y no vive más que según su egoísmo, ése solamente habla su idioma. Por el contrario, quien sabe amar de verdad y está atento a los otros, entendiendo y participando en las penas y alegrías de los demás, buscando con ellos la solución a los problemas que se presentan, ése sabe hablar todos los idiomas.

El resultado de la fidelidad al Espíritu Santo aparece con toda claridad en la primera comunidad cristiana según la vemos en los Hechos de los Apóstoles. “La multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma. Nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo lo tenían en común. ... No había entre ellos ningún necesitado...” (Hech 4,32ss). Quien vive con fidelidad al Espíritu Santo vive una vida nueva, participando en la vida de Cristo.

Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Y ustedes no han recibido un espíritu de esclavos para volver a caer en el temor, sino el espíritu de hijos adoptivos, que nos hace llamar a Dios ¡Abba!, es decir, ¡Padre! El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Y, si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo (Rom 8,14-17).

Cristo resucitado es cumbre de la creación entera. La resurrección ha comenzado en Cristo. Seguiremos nosotros porque el Padre nos ha hecho capaces de participar en Cristo y ser una sola cosa con Cristo. Con esto, la acción creadora ya no es solamente algo del pasado, no es solamente el comienzo que marca nuestro modo de ser. Ahora la creación aparece como una tarea que tenemos que realizar en Cristo y como una promesa que terminará con la resurrección de todos. Es la obra del Padre en la que estamos llamados a participar con la fuerza del Espíritu Santo.

Creación-Liberación

Pero todavía consideramos necesario hacer otra advertencia. En los textos que hemos tenido ante nuestra vista aparecen unidos el sentido de creación y el de salvación. El Dios Creador es Dios Liberador. La creación que veíamos al comienzo como signo de comunicación la vemos ahora con un sentido más profundo. No queremos decir con esto que la creación haya perdido el sentido de signo de comunicación, sino que, por el contrario, ese sentido ha quedado con mucha mayor fuerza porque su contenido de signo es mucho más grande.

La marca que nos dejó el Creador como imágenes suyas nos compromete a mantener la creación como signo de comunicación. Ya lo vimos. Pero lo que vemos ahora es que en Cristo se aclara y completa el contenido del signo. Y esto nos hace centrar nuestra vista en aquel que es la verdadera y perfecta Imagen de Dios, Cristo, en quien comienza la Nueva Creación. No lo podemos perder de vista si queremos actuar a semejanza del Creador. No podemos separar la acción creadora de Dios de su acción redentora. Para nosotros, en cierto modo, el ser co-creadores con Dios lleva consigo ser corredentores con Cristo. Ya el pueblo del Antiguo Testamento entendió el plan del Creador dentro de la experiencia que tenía del Dios Liberador. Un pueblo que entiende la Creación, antes que nada, como garantía de Liberación. Es una promesa.

Ahora, el compromiso es actuar con Cristo, entregándose con Él y como Él, hasta la muerte, asociándose a su acción redentora. El signo de comunicación es un signo que nos compromete con la historia, con nuestra realidad de cada día. No nos podemos quedar mirando el pasado solamente, lo que hizo Dios al principio, sino que se trata de un llamado

como tarea actual, que, a su vez, contiene una promesa de futuro en la resurrección que viviremos definitivamente en la Nueva Creación.

Ahora, como nos decía San Pablo, la creación entera gime con dolores de parto esperando nuestra liberación. No puede soportar que habiendo sido hecha para ser usada como signo de buena voluntad y de cariño de cada uno hacia los demás, esté esclavizada expresando nuestro egoísmo y nuestro pecado. Los recursos naturales, la riqueza y los mismos objetos de nuestro uso doméstico, no quieren seguir reflejando la ambición y el egoísmo nuestro. No están hechos para eso. Ahora están esperando con dolores de parto que nosotros alcancemos la libertad de los hijos de Dios para que, libres de nuestro egoísmo, sepamos usar las cosas como signo de comunicación auténtica, reflejando a Cristo. Él ha resucitado y nos ha comunicado el Espíritu Santo. Así la creación ha quedado preñada de Dios. La creación, terminará en la Nueva Creación, junto con nuestra Salvación. Ahora “es objeto de esperanza” (Rom 8,24).

Con lo dicho nos interesa continuar para ver nuestro ser comunicacional en nuestra dimensión religiosa. Esto es, en el campo de nuestra relación con Dios y con lo que a Él pertenece. Y nos interesa ver nuestro ser comunicacional en nuestra dimensión cultural. Esto es, en el campo del sentido que damos a la vida en nuestra relación con el grupo humano que nos rodea, con las personas con las que nos relacionamos.

3. La comunicación en el culto

Culto como compromiso con la vida

Es muy cierto que en todo su ser la creatura depende del Creador. El hombre y la mujer son criaturas que tienen la característica especial del ser personal. Son personas. Criaturas personales cuya realización como personas está en su respuesta al Creador. Un Dios personal. La respuesta que corresponde a la persona que se reconoce creatura del Dios Creador es la adoración a ese Dios. Este es el campo del culto con el que la persona, de una forma u otra, hace manifestación explícita dirigida a Dios de su orientación hacia Él.

Ahora bien, podemos colocar la mirada en los diversos actos de culto. Las diversas formas de expresar explícitamente la relación con Dios. Pero si

esas expresiones no van acompañadas de un modo de vivir que sea coherente con ellas, esas expresiones no son manifestación de lo que en verdad está dentro del corazón. Lo que importa es que nuestros corazones reflejen a Dios y así sean de verdad esas flores, cánticos y luces que dan gloria a Dios. De lo contrario cae sobre nosotros el juicio de Dios, como nos aclara el Profeta Isaías:

*Este es el ayuno que yo amo
—oráculo del Señor—:
soltar las cadenas injustas,
desatar los lazos del yugo,
dejar en libertad a los oprimidos
y romper todos los yugos;
compartir tu pan con el hambriento
y albergar a los pobres sin techo;
cubrir al que veas desnudo
y no despreocuparte de tu propia carne.
(Is 58,1-14)*

La adoración entendida solamente como acto de culto sin que esté comprometida la vida entera de quien hace el culto no tiene sentido. No quiere esto decir que solamente los santos pueden hacer el culto que corresponde a Dios. El pecador que se reconoce pecador y que quiere llegar a vivir de modo que su vida vaya reflejando a Dios cada día mejor, hace un acto sincero de adoración. Pero este no es el caso de aquel que, por un lado, realiza su acto de culto con el que manifiesta reconocer que el sentido de la vida está en Dios y, por otro lado, en la vida de cada día, no quiere seguir esa orientación a Dios que expresó en el culto. Aquí hay doblez.

*Si, pues, al presentar tu ofrenda en el altar
te acuerdas entonces de que tu hermano tiene algo contra ti,
deja tu ofrenda allí, delante del altar,
y vete primero a reconciliarte con tu hermano;
luego vuelves y presentas tu ofrenda.
(Mt. 5,23s)*

Podríamos detenernos para hacer varias consideraciones sobre la liturgia y los sacramentos. Sería muy adecuado para nuestro tema en cuanto

que todo ello requiere entrar de verdad en el campo de la comunicación. Se trata de signos de comunicación. Comunicación con Dios y con los demás. Pero sería muy largo. No obstante, no quiero seguir sin hacer algunas referencias a la Eucaristía.

La Eucaristía

La Eucaristía es acción de gracias. En ella nos asociamos a Cristo, el Hijo, para dar en forma adecuada gracias al Padre. Con Cristo hacemos el ofrecimiento de nuestra vida. Con Cristo nos entregamos a todos y en Él vivimos la Alianza con Dios y con los hermanos. Todo es comunicación y una comunicación que se hace comunión. En ninguna parte podemos hablar mejor que aquí de la comunicación que llega a la comunión. Siempre, claro está, que la celebración se esté viviendo realmente en “espíritu y en verdad”. Considero conveniente destacar la unión tan fuerte que expresó el Señor entre la Eucaristía y el servicio a los otros. La caridad. El lavado de pies que Jesús hace a los Apóstoles antes de la Última Cena no es un simple hecho anecdótico.

Jesús les dijo: “¿Comprenden lo que acabo de hacer con ustedes? Ustedes me llaman Maestro y Señor; y tienen razón, porque lo soy. Si yo que soy el Señor y Maestro, les he lavado los pies, ustedes también deben lavarse los pies unos a otros. Les he dado ejemplo, para que hagan lo mismo que yo hice con ustedes” (Jn 13,12-15). Es necesario acoger la gracia que viene del Señor, dejarse lavar los pies. Es la forma de tener parte con Él. Pero, al mismo tiempo, al acoger la gracia de verdad, nos transformamos en gracia con Él y como Él. Así participando en Él, revestidos de Él, lavamos los pies a los demás. Si esto no se entiende, si no percibimos nuestra actitud de servicio como inserta en la Eucaristía, no se puede entender cómo podemos ser Cuerpo de Cristo. Cuerpo que se ofrece al Padre por todos. No se puede entender qué ofrecimiento hacemos en la celebración del ofrecimiento del Cuerpo de Cristo al Padre. Ni se entiende nuestra comunión con Él.

Debemos fijarnos bien en la forma de actuar que tiene Cristo como siervo para que nosotros podamos hacer libremente lo mismo. Por una parte vemos a Cristo tomar sobre sí nuestras dolencias. Él toma libremente el lugar del pobre y del que sufre y pasa a través de la pobreza y las dolencias

en actitud de entrega. En Él, esa pobreza, las dolencias y la muerte misma dejan de ser expresión de fracaso y de derrota. Con ello se nos abre el camino para vivir la pobreza, el dolor y la muerte como donación de uno mismo, sabiendo acoger todo ello con libertad y convirtiéndolo en donación. En su actitud, libremente asumida, el Siervo se nos presenta como pobre: “conocen bien ustedes la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, quien por nosotros, siendo rico, se hizo pobre a fin de enriquecernos con su pobreza” (2Cor 8,9). Se nos presentó como “varón de dolores” y “con sus heridas hemos sido curados” (Is 53,3 y 5; 1Pe 2,24).

Pero además de pasar Él personalmente a través de la pobreza y el dolor, vemos al Señor hecho Siervo asumiendo una forma de actuar muy clara con relación a los demás. Es la segunda forma que tiene el Siervo de enfrentarse a la pobreza y el dolor. Vemos cómo se entrega a los que sufren, atento a dar fuerza a todo lo que hay de vida, con cuidado de no romper la caña quebrada, al mismo tiempo que no duda en poner su poder divino de hacer milagros al servicio de los que sufren o tienen hambre, y nos dice que, al final de los tiempos, a cada uno se le pedirá cuenta si supo amar con sus obras, si dio de comer al que tenía hambre o de beber al sediento. Si supo poner sus cosas, sus cualidades y todo su ser al servicio del amor a Dios y al prójimo (cf. Mt 25,31ss). Pero, a la vez, le vemos hablar con claridad y firmeza frente a los acaparadores y ambiciosos y frente a toda clase de injusticia y atropello.

El camino de la libertad se ha hecho servicio de obediencia al Padre y el recorrido se ha hecho Pascua. Este es nuestro culto. Todo es comunicación para la comunión. Comunión con Dios y con la humanidad entera. Todos están llamados a esta comunión y sólo nos queda Evangelizar al mundo entero.

4. Un cambio de época

La cultura

Vamos a expresar algunas indicaciones muy generales en este tema, también muy amplio. Y vamos a ver la cultura como la tarea permanente, nunca terminada, de dar sentido a la vida dentro de nuestro grupo humano con el que nos relacionamos. Hemos entrado a la vida en un grupo humano en el cual hemos recibido una cultura que según sus cualida-

des y deficiencias nos ha dado una forma muy determinada de entender la vida, y cada uno de nosotros tiene la responsabilidad de entregar su aporte para humanizar más esa cultura. Es evidente que en toda esta tarea está implicado el campo de la comunicación tanto bajo el aspecto de contenidos como de relaciones.

Ahora bien, con lo dicho anteriormente, es muy claro que nosotros hemos de actuar en el mundo según nuestra dinámica cristiana, aunque actuemos con no creyentes. Nosotros partimos desde la invitación que Dios nos hace en Cristo para vivir la comunión con Él y con los demás. Nuestra dinámica ha de expresar nuestra respuesta a esa invitación que Dios nos hace. No puede ser otra que la dinámica del amor auténtico. Es pues entregarse a todos y por todos hasta la muerte, sin acepción de personas. Dinámica en la que se vea que todo es para todos y donde no sólo no haya peligro a despojar o atropellar a los demás, sino que el pobre y el oprimido son los que son especialmente tomados en cuenta.

Nuestro compromiso, dicho en otras palabras, es la solidaridad. La solidaridad liberadora. Solidaridad en la que se hace crecer la vida. Solidaridad donde la esperanza toma fuerza de compromiso. Esta solidaridad es el idioma común que han de hablar los cristianos de todas las culturas. Para el cristiano es expresión del amor a Dios y al prójimo. Brota de Dios mismo.

El problema se hace difícil en el momento en el que entramos en la realidad y nos encontramos con fuertes culturas dominantes en las que se fomenta el individualismo competitivo, sin preocupación alguna por los demás. Ya que todo aquello que va por el camino del atropello a los demás, o por el camino del egoísmo, está en oposición al camino de la solidaridad, y en oposición también al camino de la realización auténtica de cada uno, es camino de soledad. Aunque eso que se busque pueda tener algún aparente valor, no dejará de ser un falso espejismo, por fuerte que sea su fuerza deslumbradora.

Tomar la actitud de servicio, actuando como siervo, según el ejemplo que vimos en Cristo, es actitud de valientes. Es pasar por el sufrimiento del atropellado, ponerse en el lugar del pobre y marginado. Es hacer todo lo que esté de parte de cada uno para eliminar el sufrimiento y el ham-

bre. Y es, también, hacer todo lo que se pueda para que quien atropella dejándose llevar por su egoísmo, quede desenmascarado ante sí mismo y cambie de corazón o, por lo menos, que no haga daño a otros. Pero, si este que atropella no quiere ceder, quien actúe con la dinámica cristiana tendrá que pasar por la cruz. La muerte será su mayor expresión comunicativa, dentro de cualquier cultura.

Una constante actitud de observación

Pero en nuestro comportamiento diario se nos presenta un profundo problema comunicativo en los momentos en los que se produce un cambio de época. Un momento, además, en el que los cambios se nos presentan cada día más acelerados. Vivimos un cambio cultural muy serio. Se requiere mucha investigación para comprender qué está pasando en nuestros comportamientos. Es un momento de mucho desconcierto. Algunos se angustian, piensan que todo está perdido, se deprimen. Como cristianos no tenemos permiso para caer en esa postura depresiva y deprimente. Todo lo contrario, es un momento fascinante. Un momento que tenemos que llenar de esperanza. Sabemos que Dios no ha abandonado el mundo, sabemos que Dios está salvando el mundo en Cristo y Cristo ha resucitado.

Con la dinámica cristiana de comunicación tendremos que escuchar al mundo. Necesitamos mantener una constante actitud de observación. Este será para nosotros el papel de la investigación. Pero hemos de tener mucho cuidado de no juzgar la nueva cultura que nace con los criterios de la vieja cultura que muere. Hemos de juzgar lo nuevo con los criterios de la fe. Pero hemos de tener presente que todos tenemos la fe inculturada. Aunque estamos frente a un gran desafío, no tenemos que asustarnos ni acobardarnos. Al contrario, nuestro actuar ha de ser un gran aporte para la cultura que nace. Es de nuestra responsabilidad.

Esto nos lleva a tener una postura muy dinámica en nuestro camino. Es lo que se requiere dentro de una realidad tan cambiante en la que no podemos perder la orientación hacia el puerto de destino. Es una labor muy grande de comunicación. En ella debemos entrar todos los cristianos. Las redes que se van formando con las nuevas tecnologías de comunicación pueden ayudarnos mucho y tenemos que utilizarlas con toda

la fuerza creativa del amor para gritar por todas partes, que la Nueva Creación ya ha comenzado en Cristo que nos invita a todos a unirnos a Él en su obra.

Si vemos el mundo globalizado para la economía en beneficio del poder económico y si la concentración de poder es cada vez mayor con toda la escandalosa secuela de hambre que produce, nuestro desafío y compromiso, además de la denuncia, es promover la solidaridad con los pobres con toda nuestra fuerza y valentía. Si vemos que la naturaleza con sus limitadas riquezas que son de todos es considerada como “recurso” para la economía en bien de algunos pocos, nuestro desafío y compromiso, además de la denuncia, es hacerla ver como “casa” de todos en la que se ha de respetar el medio ambiente utilizando las cosas para bien de todos, incluyendo a las generaciones futuras:

Si veamos que con el cambio de época se ha modificado profundamente nuestra cultura, nuestro desafío y compromiso es escuchar y dialogar para entender y discernir y para entregar en forma adecuada el patrimonio recibido del pasado buscando con todos el camino para el futuro. Si la velocidad de los cambios es cada día más acelerada, nuestro desafío es aprender la dinámica requerida para saber orientarse desde cualquier situación para ver por dónde está el bien y mantener siempre la dirección a lo definitivo, Cristo.

Si aparecen muchas voces con planteamientos distintos, nuestro desafío es respetar y ver lo que hay de bueno en cada voz y, en la medida que corresponda, hacer alianzas para todo lo que sea positivo desde el punto de vista ético, sin pensar que los únicos que podemos hacer el bien somos los católicos. Son muchos los grupos que piensan que otro mundo mejor es posible y están sinceramente comprometidos en su construcción.

5. Los comunicadores cristianos

Estos desafíos son para todos los cristianos. En consecuencia, a los comunicadores cristianos les corresponde colocar su corazón junto con su profesionalismo y su coraje para impulsar los procesos de opinión pública encaminados hacia la convivencia fraterna y solidaria. Muchas veces esta labor requerirá la denuncia encaminada a la eliminación de los obstácu-

los que impiden la convivencia solidaria, la injusticia, la falta de equidad, el abuso y atropello, etc. Es también un buen desafío la promoción de opinión pública al interior de la Iglesia.

Sería interminable pretender hacer una lista de desafíos que se nos presentan en estos momentos. Por lo demás muchos de ellos son bien conocidos y no es necesario repetir. Pero siempre nuestro gran desafío es manifestar con nuestras palabras y nuestro testimonio de vida que el amor es más fuerte y que creemos en quien ha vencido la muerte, Cristo, que es el núcleo de nuestro mensaje.

El paso del tiempo para los objetos todos de la Creación no es mas que cronología. La persona humana puede dar sentido a lo que realiza con ello la cronología para el ser humano es historia. Historia entendida no sólo como recuerdo del pasado, claro está, sino como la tarea de dar sentido que realizamos en el presente para dar paso al futuro. Los creyentes tenemos la responsabilidad de hacer ver la historia como escatología, señalando los valores definitivos vividos en la comunión plena del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Como dice el Concilio Vaticano II: “Se puede pensar con toda razón que el porvenir de la humanidad está en manos de quienes sepan dar a las generaciones venideras razones para vivir y razones para esperar” (G S, 31). Todo lo que hagamos ahora de bien ya lo podemos vivir en unión con Cristo y esto fructificará algún día.